artista, y las derivaciones e interpretaciones que salen de ellas.

Acaban los *tientos* con un incisivo examen de lo que el autor llama *el pecado original*, esto es, la desorbitación por la soberbia de un afán de singularidad, de originalidad, en la creación de obras artísticas.

S. V.

Emilio Prados

Los poetas del 27 crearon una poesía tan nueva, tan *juvenil, que se nos antojan* siempre jóvenes ellos e inmutables en la confiada sencillez de sus nombres de pila: Vicente, Rafael, Dámaso, Gerardo... Hasta Federico, ya en su muerte. Con razón los ha llamado Cela jóvenes sesentones.

Al desaparecer alguno, la increíble realidad de la muerte nos parece aún más absurda. ¡Manolo, tan joven! (Habían muerto también Salinas, Adriano, Domenchina). Y, ahora, Emilio ¡tan muchacho! Tan niño malagueño, como en el *encuentro* de Vicente, «un niño que parecía una canción».

Fue siempre así. Cuando, en 1958, me envió desde Méjico, donde vivió a partir del 39, su libro *Circuncisión del sueño*, bajo la firma, nerviosa y rápida, un breve monigote trazado de su mano saludaba a bordo de un balandro minúsculo. Yo me acordé, sonriendo, de sus *Canciones del farero* —aquel libro, mejor suspiro alegre, editado por *Litoral* en 1926—, donde Emilio ve llegar un barco que «trae tinta para el poeta / de color de violeta», desde la orilla a la que luego hubo de alu-

dir con nostalgia: «donde crece el romero y la alhucema / entre la nieve y el jazmín eternos», orilla de un mar todo espuma que se lo llevó a la otra. Y ya no regresa.

El *alma* de la tierra en que vio la luz fue tan asimilada por la poesía de Prados, que un paisaje entresoñado, el recuerdo del perfume de una flor, la evocación de un matiz, de una luz, se identifican conmovedoramente con estados de ánimo. Sutil poesía de intimidad lírica y pureza expresiva, tan nutrida de soterradas venas andaluzas que, siendo su modo de hacer de casi absoluta ausencia referencial, el paisaje, la flor, la brisa que se respira en el ámbito de cada poema son de inconfundible aroma, de inequívoco temblor surista español, y aún más: mediterráneo, y aún más: malagueño.

Emilio Prados es poeta de los que respiran por la herida —la más auténtica manera de serlo, en mi sentir—, pero por una como dulce herida en manso fluir de tibia sangre de recuerdos. Porque su poética, a la que se mantuvo fiel, tenía palpitación de íntima verdad humana, pero siempre dentro de un delicado gusto de calidades estéticas, a la vez con sencillez y perfección.

Cuando cantó los desgarrados motivos de la guerra, lo hizo con belleza singular y sintiéndolos hasta ver su cuerpo identificado con la ciudad sitiada: «Entre cañones me miro, / entre cañones me muevo: / castillos de mi razón / y fronteras de mi sueño... / ¿Dónde comienzas, Madrid, / o es, Madrid, que eres mi cuerpo?». En su lírica posterior Juan Larrea ha sabido ver, agudamente, una honda trascendencia española y popular. «Maravilla ver —escribe Larrea—

cómo uno tras otro los poetas españoles de profundidad —y entre ellos Picasso con su *Guernica*— van rindiendo el espíritu de su pueblo en una revelación colectiva destinada a transformar la conciencia del mundo».

Prados fue poeta de extraordinaria intuición lírica. Adivinaciones e iluminaciones sin cuento surgen en su obra, continuada sin precipitación. A la hecha en España —*Tiempo, Canciones del farero, Vuelta, Tres cantos*— añadió pronto, en Méjico, *Mínima muerte*. Luego, soñó —*Dormido en la yerba*— con su campo andaluz: «—¡Mi campo! ¿Morir sin ti?». Y lejos de él ha muerto esta primavera, en la tierra que, años antes, dio reposo a su madre, como hoy a su soledad («hija, hermana y amante del barro de mi origen»), edificada noche tras noche de su exilio.

Poeta esencial e íntimo, se siente crecer la yerba de la poesía en su *Jardín cerrado*, ese gran libro, con sitio entre la alta poesía española.

L. de L.

Las «Primeras prosas», de Juan Ramón Jiménez

«El sentimentalismo —decía Juan Ramón— se ejercita primero en temas usuales: los niños, las flores, los pájaros; después en colores, en músicas, en fragancias; más tarde, cuando llega a la perfección, en sentimientos abstractos». Si añadimos dos temas: la muerte y la mujer,